



Jon Sobrino

la teología de la liberación hoy

El 28 de agosto, invitado por la Universidad Católica, estuve en Córdoba el teólogo jesuita Jon Sobrino, compañero de los jesuitas asesinados en El Salvador. En el auditorio de la universidad se realizó una conferencia, a la que asistieron más de 500 personas. Publicamos un extracto desgrabado de la exposición.

La opresión y la liberación

Hay ciertas palabras que desaparecen. Por ejemplo, **Justicia**, ya no se usa. Lo mismo pasa con Teología de la Liberación. Y decir **liberación** es importante porque supone algún tipo de opresión, o de esclavitud. El día en que no haya más opresión, la palabra liberación no tendrá sentido. A veces las palabras se quitan para que la gente tenga más dificultad en captar el significado de la realidad.

¿Está oprimido el mundo de hoy? Absolutamente. Es evidente que hay miseria, que es masiva, que es cruel, y que no es por azar, sino que tiene causas. No es que haya sólo una causa, pero parte de esa miseria depende del comportamiento de grandes grupos humanos, sobre todo los grupos hegemónicos, multinacionales. Por eso esta miseria bien puede llamarse opresión, aunque la palabra ya no se use. Hoy se usa la palabra **excluido**, que es la más dura de todas, porque es declarar inexistente a la gente; pero no suena tan mal como opresión, crueldad, o esclavitud. Grandes bloques en el mundo siguen siendo oprimidos. Hablar de liberación es, entonces, muy necesario.

La liberación empezó con Paulo Freire y su Pedagogía de la Liberación. Es un honor que la liberación tomase forma también en la Teología. Pero también es necesario que tengamos una Medicina de la Liberación, una Economía de la Liberación, un Derecho de la Liberación, ya que el derecho no es imparcial como se

dice, que sea parcial como Dios manda, para liberar.

Partamos de este presupuesto: para captar la realidad y las fuentes de nuestro conocimiento es muy importante el lugar desde el cual queremos mirarla y entenderla. El lugar desde donde se ven realidades y se leen textos hace que estos den de sí una u otra cosa. ¿Por qué la Teología de la Liberación no nació en Boston, ni en Madrid, ni en Bilbao, ni en la Gregoriana de Roma? No por las ciudades ni por la gente; sino porque ese lugar no los hace pensar en la liberación. Sólo el lugar de la opresión posibilita que veamos la realidad como oprimida, y que leamos la Biblia como Palabra de Liberación. Yo estudié siete años en Alemania y a mí nunca me hablaron de que el Éxodo era el relato de la liberación de un pueblo. No por ignorantes, sino por el lugar, que no facilita que un texto dé de sí una Palabra de Dios sobre un pueblo oprimido. En cambio, en El Salvador el lugar le ayuda a la gente a entender con facilidad que la Biblia habla centralmente de liberación.

Como sabrán, la Teología de la Liberación, no ha sido precisamente del agrado de las autoridades vaticanas, y de otras no vaticanas. En el año 1984 y 1986 salieron del Vaticano dos textos titulados *Reflexiones sobre algunas teologías de la liberación*, que comienzan diciendo: "libertad y liberación son realidades esenciales en la relación con Dios". (Estoy citando a Ratzinger). Si son elementos esenciales, ¿cómo es posible que omitiera el Vaticano II hablar de liberación, siendo este Concilio una cosa tan buena como fue? Porque estaba hecho con lo mejor de lo europeo. En cambio, no estaba presente otra realidad, nuestra realidad. Entonces, ¿por qué algo tan esencial en la Biblia, como es el mismo término liberación, lo han descubierto unos pobres infelices, con bibliotecas sencillas? La respuesta está en el lugar.

En mi caso, les hablo de El Salvador, que es un ver-

dadero desconocido, por lo menos en mi país de origen, España. Es un país chiquito, que tuvo una guerra de doce años, y además muchos años de represión. Y antes de la represión, y después de la guerra ¿qué hay en El Salvador? Una pobreza espantosa. En estos lugares encuentro algo que se me ocurrió llamar la **santidad primaria**. Los pobres no son santos porque no tienen virtudes heroicas, y no hay dinero para canonizarlos. Pero lo que tienen de heroico es **vivir**, sobrevivir. Un ejemplo son las señoras del mercado, que a lo mejor tienen cuatro niños, cuyo padre se responsabiliza o no de ellos, y tienen que madrugar a la hora que sea para ir a buscar plata del usurero, para ver si compran naranjas para venderlas, y ver si venden lo suficiente para devolverle al usurero: eso es heroico. Y cuando hay problemas que atañen a grupos, como los terremotos, o la guerra, se juntan, se solidarizan. Yo a eso le llamo santidad primaria.

La teología también supone usar la razón, entender. El Padre Ellacuría decía que lo fundamental de la razón o la inteligencia era aprehender la realidad, enfrentarse con ella, tratar de captar lo real como real, no abstractamente. Esto trae implicado un hacerse cargo. Pero, además de hacerse cargo, la inteligencia tiene que encargarse de la realidad, tiene que ponerle una dirección, unas expectativas, un horizonte, tiene que hacer algo con la realidad para que vaya llegando a ser lo que debiera ser. A los seres humanos no se nos dio la inteligencia para aprender muchas cosas, sino también para cargar con la realidad, porque la realidad pesa. El que quiera conocer la pobreza, hacerse cargo de la pobreza real, no de su definición en la Doctrina Social, encargarse de la pobreza para que deje de ser tal, va a ver muy pronto que tiene que cargar con la reacción de quienes quieren que la pobreza siga. Los que más han cargado con la realidad son los mártires, sin decir "hasta aquí llego". Sabemos que en la historia de la humanidad, el que carga con la realidad muere crucificado, como Jesús.

La centralidad del pobre

Hacerse cargo de la realidad es verla como una realidad de pobres. No es lo único que hay, pero son tantos, y cada vez más, y es tal el abismo que separa a los pocos que tienen de los muchísimos que no, que eso caracteriza nuestra época. Ojalá no fuera así. En Naciones Unidas siempre se hace un estudio, que en el '60 constató que la relación en el mundo entero era de un rico cada treinta pobres. A eso yo lo llamo **agravio comparativo**. Pertenecen ambos a la misma especie humana, pero no son una familia humana. Después vinieron todas las maravillas de este siglo, la globalización, la aldea planetaria, el final de la historia de Fukuyama, todo parece que va viento en popa, o al menos eso nos dicen. Resulta que cuando hacen el mismo estudio en el año '97, se había pasado a un rico cada setenta y tres pobres. Estamos, entonces, en un mundo

de pobreza absoluta, en el sentido de que a la gente le cuesta sobrevivir, y de pobreza relativa, que es algo que no tiene nombre, en sentido literal, porque no se nombra, porque no hablan de ella, con algunas excepciones.

El Padre Ellacuría escribió: "entre tantos signos como siempre se dan, unos llamativos, y otros apenas perceptibles, hay en cada tiempo uno que es el principal -claramente aquí ya hay una opción- a cuya luz deben discernirse e interpretarse todos los demás. Ese signo es siempre el pueblo históricamente crucificado". Hablar de crucifixión es hablar de muerte, de realidades que por su naturaleza acercan a la muerte, como el hambre. La crucifixión es muerte infligida, nadie se autocrucifica. No se muere porque no hay comida, sino porque de tal manera se estructura el planeta que no llega la comida a todos. Por lo menos en el lenguaje hay que devolver la dignidad a los pobres, y Ellacuría les llama como nosotros llamamos a Cristo, **crucificado**. El pueblo crucificado de hoy es la continuación histórica de Cristo, ante el pecado del mundo.

Si yo sigo viviendo, trabajando y comportándome de manera que eso no influya para que disminuyamos un poco la pobreza, no sólo les estoy quitando vida, sino también dignidad. Estoy diciendo que no me interesa nada lo que les pasa. También les quitamos dignidad cuando no permitimos que tengan palabra. Hay libertad de expresión en el sistema democrático, pero para tener palabra, además hay que tener dinero. Dar palabra a los que no la tienen, es que la realidad tenga palabra. Encargarnos de la realidad es centrar a lo humano, a la fe y la teología en los pobres. Hay que poner los pobres en el centro, porque si no están en el centro, históricamente, no están. Por eso yo no digo "que quepan todos", sino **que los pobres estén en el centro, porque entonces sí van a estar todos**. No hacer de los pobres la realidad central es caer en la primera de las herejías cristianas, que surgió de un grupo que decía que Cristo era una entidad celestial, pero no humano, que no tenía carne, que era apariencia.

El cristianismo en sus comienzos ponía en el centro el sufrimiento: la viuda, el ciego, el leproso. Pero de centrarse en la compasión, pronto pasó a preocuparse por la culpa. Si ésta ocupa el centro, como religión, lo que tenemos que hacer es tratar de salvar de la culpa. En cambio, si se pone en el centro el sufrimiento del otro, la reacción primera es la compasión. La Iglesia fue centrándose más en la tensión pecado-perdón, que en la tensión sufrimiento-misericordia. Hasta el día de hoy, dentro de la Iglesia, el que se dedica a la compasión casi siempre tiene problemas.

Y además de hacernos cargo, encargarnos, y cargar, podemos dejar que la realidad cargue con nosotros. Es entender dejándonos dar, por ejemplo, esperanza. La realidad no es sólo pecado, y por lo tanto peso a cargar. Es también Gracia. Hay gente que prefiere dar la vida antes que guardársela, hay gente con vidas heroicas.-